

# Aportes a la erudición alavesa

Por JUSTO GARATE

## A. — JOSE IGNACIO AIZPITARTE

AIZPITARTE y Muguerza, Joseph Ignacio María.

Francisco Ruiz Arbulo encontró su partida de matrimonio y en la misma el dato de su cuna; Elgoibar, cuya sospecha le había escrito yo al mismo, pocos días antes.

Nosotros pasamos algunos meses de Septiembre en una casa que mi padre poseía adosada al caserío *Galburu-Soro* en el que había nacido mi madre, situados en el valle de San Pedro de la villa de Elgoibar (Guipúzcoa) en la que nació el torero Luis Mazzantini y de donde era el padre de Luis Araquistain Quevedo, escritor y político socialista santanderino. Gecé en su biografía de Azaña escribía que éste tenía un cuarterón elgoibarrés, pero sin aclararlo.

Allí solía yo oír de adolescente muchas veces el apellido AIZPITARTE y por eso supuse en una carta a Arbulo, antes de que éste encontrara la partida de casamiento del lexicógrafo vecino de Vitoria que sería Elgoibar su cuna, en lo que acerté casi por casualidad. Fue un error heurístico.

Y digo esto porque más tarde supe por medio de Ruperto Elcoro, vergarés vecindado en Paraná (Argentina) lo siguiente: «También en Vergara ha habido un señor de este apellido Aizpitarte que murió siendo yo muy chico (escribe Elcoro) y que al parecer estaba excomulgado, porque lo enterraron en un cuadrado aparte de nuestro cementerio cristiano; quiere decir que fue ateo».

Fue ARBULO un gran amigo, un escritor fervoroso en pro de la cultura alavesa y a él debo mi conexión con el Instituto Sancho el Sabio. Falleció en agosto de 1973, creo que en el día 23.

Ambos publicamos un trabajo en el Boletín SANCHO EL SABIO





y sobre ello escribió una carta al padre Eguillor que obra en el archivo del colegio de Jesuitas de Loyola (Azpeitia).

Quien encontró su partida de bautismo en Elgoibar fue el amigo José M.<sup>a</sup> Echaniz Urruzuno, sobrino nieto del afamado escritor euskérico del segundo apellido, también elgoibarrés, don Pedro Miguel, editado en Auspoa. Ha fallecido en su villa natal el 30 de julio de 1980.

Copio el acta buscada y hallada por el finado amigo tan servicial y bondadoso.

Mi nota 3 no correspondía a Royan sino a Poyanne.

Miguel Pelay Orozco ha publicado un sentido artículo en su honor y memoria en el diario DEIA de Bilbao de 14 de agosto de 1980.

## B. — EL RIO DE ORO (BECERRO DE BENGOA)

Por CONSTANTINO DEL ESLA

(Para **La Nación**) — Buenos Aires, septiembre de 1945

Atrae la atención, en el *casino provinciano*, un caballero de noble aspecto, de barba partida por gala en dos. Narra las impresiones recogidas en un viaje de Palencia a La Coruña. Lo rodea un pequeño grupo de amigos. Ocupan un ángulo del vasto salón, aislados del resto de la concurrencia, que en torno a varias mesas juega a los naipes. Arrellanado en un sillón, el respetable señor, vestido de oscuro, pulcro y de finos modales, habla de la dorada llanura palentina, de León y Galicia anudadas en el Bierzo y en Valdeorras, y del Sil, que corre entre peñascos, hundido, encajonado en las montañas, que son como un soberbio cofre del río del oro.

— ¿Y es cierto que arrastra arenas auríferas? —pregunta un contertulio.

— En la época de los romanos se creyó que era una mina líquida...

— Y no hubo tal —interrumpe un impaciente.

— Sí, señores: el río tenía y tiene oro.

— ¿Por qué no lo explota el Gobierno?

— Los romanos abandonaron la empresa porque no era rentadora.

— Habría que insistir —insinuó alguien.

— Hace siglos que las mujeres de los valles que forman lecho al río buscan oro en las arenas del cauce.

— ¡Y nada! —exclamó el impaciente.

— Casi nada para tantas como se dedican a ese trabajo.

El caballero hizo una pausa y después, incorporándose para poner fin a la tertulia, cerró la conversación con esta brillante frase:

— Una limosna de la naturaleza.

Al recordar el drama de las gentes que viven alucinadas por el tentador río, vibró en el alma del viajero la emoción, que, transmitida a la voz, había hecho que ésta se elevara, con el consiguiente revuelo en el salón, en las mesas de los jugadores, en las que hay miradas y comentarios en voz baja:

— El de siempre.

— Habría que expulsar del casino a ese republicano.

Un señor corto de oído forma pantalla con una mano e inquiere:

— ¿Qué ocurre?

Como el grupo de los aislados ya había salido del salón, el interrogado pudo responder con toda la sonoridad que exigía la circunstancia:

— *Ricardo Becerro de Bengoa* ha dicho... ¿Oye?...<sup>1</sup>

— Sí... Sí...

— Ha dicho que hay que hacer la revolución en España.

Aspavientos, gestos de asombro del sordo y el consenso general a la afirmación que circuló por el camino:

— Es un revolucionario.

\* \* \*

Don *Ricardo Becerro de Bengoa*, nacido en la ciudad de *Vitoria*, en este mes hizo precisamente un siglo, fue técnico en minas, escritor, republicano federal y, sobre todo, un gran viajero por tierras de España. Es a este último aspecto de su personalidad al que hemos

<sup>1</sup> No conozco otra biografía suya que la del *Espasa*, lo que es lastimoso. J. G.

de referirnos con más detenimiento en esta crónica. Sabía entrar, penetrar en el paisaje, buscándole el medio. Lo superficial sólo significaba en su espíritu severamente crítico el punto de arranque para el análisis, sin el cual el viaje no es más que simple acción de trasladarse. Observaba, examinaba a la montaña, a la llanura y al río, en cuanto a su acción determinista, forjadora del modo de ser de los habitantes de esa ribera, de esa planicie, de esa cumbre. Sabía bien que la geografía fue anterior a la historia, y en esta sencilla verdad, fundamentó sus exploraciones del alma nacional. Primero la tierra y después el hombre. Así entró este recio norteño en el laberinto ibérico, bien orientado, siguiéndolo principalmente por el zigzag de la cordillera cantábrica y sus estribaciones, hasta el maravilloso astillamiento de la colosal mole, que se amansa en la suavidad galaica, y desciende reverente, respetuosa a las rías. La profesión le dio sin duda afán de hondura a Becerro de Bengoa, pero como tenía un profundo sentido estético de la vida, no veía sólo la oquedad de la cueva, sino que buscaba, para deducir verdades, el elocuente pregón de sus resonancias. El golpe de pica en el mineral no es para el simple más que función de trabajo. Para quien siente la belleza, ese choque es un tañido de campana que despierta a la entraña de la tierra de su sueño, de una esterilidad de siglos. En busca de la fuerza y de la belleza viajaba ese caballero alavés, que en su propia tierra, donde las montañas vascas pierden vigor y entra un poco, sin fortaleza opositoria, la llanura castellana, pudo observar la acción dominante del paisaje, que así como hace al hombre recio y tenaz donde crece el roble, fórjalo más dado al *ensueño* en campos donde los álamos avanzan hacia un lejano horizonte. El turismo, interpretado como ver y más ver, en rápido, en fugaz deleite, apenas tiene el resumen de una colección de estampas. El desplazamiento de un lugar a otro exige la consciencia y hasta la responsabilidad de la acción. Quien no pone en el viaje el alma, pasa, pero no entra en el paisaje. *Becerro de Bengoa* era un viajero con el espíritu siempre en tensión, alerta a todos los mensajes del panorama, a la voz de la tierra, que sabía interpretar en sus amplios y varios significados. Su obra tiene la fuerza de lo que ha sido escrito sintiéndolo íntimamente, con fuego y dolor. En los capítulos más suaves se nota la necesidad de recreo, la exigencia de descanso de un cerebro que deja al espíritu que actúe solo, en gratas, en amables evocaciones panorámicas. Pero pronto aparece otra vez el problema que preocupó hondamente al viajero, la impresionante presencia de apuntes dramáticos, y de nuevo surge el examen, el juicio íntimo, la exposición profunda del paisaje, con todo lo que a la tierra se halla incorporado, con la esencia medular de cada cosa, de cada hecho. Y como las conclusiones presentan

al desnudo la tragedia ibérica, *Becerro de Bengoa* es considerado —aunque respetado, pues la fuerza de su pensamiento es imponente—, un revolucionario, un hombre de ideas peligrosas. En ambientes rutinarios, como es el de los casinos provincianos, muy pocos pueden comprender la patriótica pasión del *extraordinario viajero*, que antes de hablar con las gentes dialoga con las montañas y los ríos. ¿Es en realidad un revolucionario? ¡Claro que *Becerro de Bengoa* es un revolucionario! Tiene dentro la teoría de la revolución que necesitaba España. Y la proclama. No es un hombre de combate, de lucha callejera. Es un intelectual, que usa sus armas, las de la inteligencia, en el combate. Sus razones chocaron contra la fuerza, insensible a la verdad. No alcanzó su figura las gigantescas proporciones de otros grandes pensadores, pero sus libros merecen ser recordados, porque hay en ellos presencia y dolor de España, de una España *vertebrada* en que cada cadena de montañas hace un juego, todos los sistemas orográficos enlazados con puntos de contacto, y a la que se han empeñado en gobernar contra la corriente definidora de los ríos, olvidándose de que la geografía es el pedestal de la historia. Y la tierra dice que España es regionalista, *federalista*, individualista: se lo dijo a Napoleón III y se lo dice a todos los que intentan oprimirla.

\* \* \*

Académico de la de Ciencias, correspondiente de la Historia y de la de Bellas Artes, *Becerro de Bengoa* fue ante todo, repetimos, un gran viajero de España. Cronista de la ciudad de Vitoria, autor de «El libro de Palencia», «El libro de Alava», «De Palencia a Oviedo y Gijón», de «Viaje descriptivo de Palencia a La Coruña», publicado éste en 1883, contienen todas sus obras observaciones certeras, atinadas sobre gentes y paisajes, y son la mejor explicación, al justificarlo, del federalismo del escritor, que en íntima comunión con la tierra aprendió a sentirla, a representarla, como lo hizo en el Pacto General de Eibar (1869), del cual fue secretario y en el que se redactó un vibrante *manifiesto federalista*.

Es necesario imaginarse a este caballero de aire grave, impecable en el vestir, de viaje por rutas de España, por caminos pedregosos, por montes ásperos, broncos. No eran, ciertamente, fáciles itinerarios los que emprendía. Cuando se propuso ir al encuentro del Sil, no fue en busca de oro, sino de los cuadros en tono ocre, de las tintas fuertes de las orillas. Dejó con sus hoces, entre las mieses, a los labriegos de Palencia. Las históricas piedras de la ciudad de León prendieron a su espíritu unos días. Toma la ruta de los pere-

grinos, «el honroso paso de Don Suero de Quiñones», y llega al Bierzo. Allá, desde una cumbre, ve asomar al Sil, que baja de Cueto Albo, y parece también albo, albino el río, un tajo de plata, entre lo profundo de unos montes escabrosos. Trae mucho caudal y corre a entregárselo al Miño. El Bierzo tiene en este río una de sus más bellas expresiones. En Orellán, Palomera y Veguelilla encuentra *Becerro de Bengoa* excavaciones, testimonios de los trabajos realizados por los romanos para explotar la cuenca aurífera del río. Apunta, de paso, que la antigua jurisdicción de Bembibre pertenecía al señorío del conde de Alba de Liste, y que antiguamente el valle del Bierzo fue provincia, con Villafranca por capital. Al llegar al valle de Valdeorras, ya en Galicia y siempre detrás del río, presencia su entrada en el Monte Furado<sup>1</sup>, por un túnel construido por los romanos, con el objeto de desecar al Sil y conseguir más fácilmente sus arenas auríferas. Es un túnel de más de tres kilómetros<sup>2</sup>. Reaparece el río, y ahora entre verdes tierras, va en busca del Miño, de menos caudal, llevándola el agua que le permitirá ir con honra y gala al mar. Apenas dos centenares y medio de kilómetros tiene el Sil, pero bien puede decirse que no ha habido río en España que haya ejercido tanta atracción. Y dio oro, ciertamente, pero no en gran cantidad. Cuando las aguas disminuyen, acuden las mujeres a las orillas, echan las arenas que han quedado secas en unos cuencos. Las someten a un intenso lavado. *Becerro de Bengoa* dice cómo llaman a esas mujeres: «las aureanas». Y explica que hasta tienen nociones de química, pues escribe: «Repetidos varias veces los lavados, tratan por el mercurio la última porción recogida, forman una amalgama que une todas las partículas de oro en una masa, la que someten después, en una vasija de hierro, a la temperatura suficiente para que el mercurio se volatilice y el oro puro quede».

Y hace preguntas:

- ¿A cuánto venden cada gramo de oro puro?
- A real, señor.
- ¿Cuánto recogen anualmente?
- Muy poco, señor.
- ¿Cuántas pesetas sacan al año por su trabajo?
- Entre 30 y 40, señor.

Entonces es cuando el viajero escribe en su cuadernillo de apun-

<sup>1</sup> Horadado en el municipio Quiroga, de Lugo. J. G.

<sup>2</sup> Según el *Espasa*, sólo tiene 376 metros. J. G.

tes las frases que, de regreso del viaje, repetirá en el casino provinciano: «Una limosna de la naturaleza». Y hace otra observación: «Si el Sil no hubiera decepcionado a los que tanto esperaban de él, ese pequeño río hubiera derrotado al mar, gran tentación del alma aventurera de los galaicos. Los hombres siguen emigrando a América. La tierra queda al cuidado de las mujeres, y cuando el agua del Sil baja, «las aureanas» corren a las orillas, siempre con la esperanza de la fortuna». Y pudiera añadirse, para final, que en la atracción de voluntades, el Río de la Plata vención al río del oro...

### C. — ESNAOLA'TAR JUAN

ETXANIZ'TAR NEMESIO, Apaiz

Victor Pradera, 79-2'an, ezk. — DONOSTIA — 74-III-15

1891'garren urteko Abenduaren 15'an jaio zan Donostia'n.

1927'garren urtean, Azaroaren 8'an, Laguardia'n (Araban) il zan bulargaitzak jota.

#### Liburu ta lanak

1. — MONOGRAFIA HISTORICA DEL CULTO A SANTA MARIA DE ESTIBALITZ. Gasteiz'en, 1919'garren urtean argitaldu zuan. Bere Apaiz-gaitegiko maixuak ere leiaketa artarako idatzi zuan bere lana; baiña *saria* Esnaola adiskideak jaso zuan.

2. — EN LA MONTAÑA ALAVESA. 1925'garren urtean, Tip. de «El Santísimo Rosario»ko irarkolan (*Bergara*'ko Seminarioan), argitaldua. Liburu onetan Araba'ko *Markinez* (*Markiniz*)'ko urte guziko oitura ta giza-irudiak aztertzen dira. Ni orduan, arekin batera, Markinez'en ondoan dagoen *Urarte*'ko apaiz nintzan, eta alkarrekin giñan alde aietan. Iru erri dira alde artan, Araba'tik etenak bezela. Condado de Treviño'tik igaro bear zan erri aietara joateko. Ni, 1925-26'garrenetan egon nintzan an. *Juan Esnaola*, andik *Bergara*'ko Santa Marina elizara aldatu zan; eta berriro, Araba'ra joan zan, Markinez'era, ango gauzak obeto ikastera. Orduan ni, arek izan zuan lekura joan nintzan *Bergara*'ra (1926'garreneko Urrillean). Andik berriro Gipuzkoa'ra itzuli zan, eta bularreko gaitzak jo zuanean, Araba'ko Laguardia'ra joan zan. Emen il zan. Markinez'ko Andre Maria Beolarra'ko Ama zan, eta urtero an, erriko neskatxak, aldare aurrera Ermitan atereaz, egundoko kanta xelebrea kanta oi zuten. Au bakarrik det gogoan:

Madre de Dios de Beolarra,  
serás nuestra protectora.

Una devota cristiana,  
llevada de vuestro cielo,  
a Vos pidiendo remedio,  
vino ciega y volvió sana.  
Libradnos de esta cizaña,  
Madre de Dios de Beolarra.

Madre de Dios de Beolarra,  
serás nuestra protectora.

(No recuerdo las demás estrofas)

Mi pueblo, *Urate*, está situado entre dos arroyos: uno que bajaba de *Arluzea*, pueblo contiguo a Markinez; y el otro que bajaba de *Saseta*, del Condado de Treviño, contiguo a *Urate*.

En estos pueblos la toponimia era vasca, a pesar de los siglos en que perdieron el euskera. Así, los prados de *Urate*, se denominaban: la *Luzia*, la *Bizkarra*, etc. Y la parte trasera de la parroquia, tenía el nombre de *Lajaustia* (Elejoste'ren ondorengoa). Erri auetan edozeinek esaten zuan: «¡Qué ardua para dir a la pieza!» ta abar. Ba-ziran beste itz bi, gure artean galduak: *Orzaia* (Aur-zaia) y *Senzaia* (Sein-zaia) cuando la niñera era hermana de la criatura.

3. — ESTABLECIMIENTOS HUMANOS Y CASA RURAL DEL PUEBLO DE MARKINEZ —Extracto del Anuario de Eusko-Folklore—. Au Gasteiz'en, 1927'garren urtean azaldu zan. Bera il eta gero agertu zan.

4. — SANTA MARIA DE ITZIAR. 1927'garren urtean. (Au da ilda gero azaldua).

Idazlan asko argitaldu zuan, 1916'garren urtetik aurrera *Siglo Futuro'n* eta *Heraldo Alavés'en*. Baita *La Voz de Guipúzcoa'n* eta Donosti'ko *Pueblo Vasco'n* ere. Algunos *Apuntes* sobre algunas escaramuzas desde *Vergara*, *Pueblo Vasco'n*; eta izenik gabeko idatzi bat Elgeta'tik Eibar'erako bide-zabalarari buruz (1924).

Gasteiz'ko Apaizgaitegian, zenbait itzaldi ere izan zituan «*Cosumbres y leyendas del Pueblo Vasco*» ta abar.

Julián López de Pariza'ri buruz, Domingo Agirre'ren omenez Seminarioan egin zan jaialdi batean.

Apaizgaiei *Ikasaldi* bat ere eskeiñi zien. Auek guziak Gasteizko Apaizgaitegian: *Tratado de oraciones latinas*.

Tuvo un hermano farmacéutico en Aretxabaleta (Guipúzcoa). Au, Juan baiño idazle obea omen-zan. Oraindik bizi du beste anai jesulagun bat. Botikarioak *Luis* zuan izena, ta jesulagunak *Jesús*.

Gorabera auek guziak eskeiñi dizkidan gizona, *Carlos de Launet* izan da. Onen aitak asmatu zituan, orain alde auetan guzietan erabilzen diran *Contadores de agua* (ur eralgia neurtzeko tresna). Au, *Juan Esnaola*'ren lengusua da. Gaiñera, gizon au Aita Pierre Lhande jesulagunaren oso adiskidea izan zan. Beronen etxeak, Aita Lhande'ren «Museoa» bezelako zerbait du.

Kristal-barruan, Aita Lhande'ren azken-urtetako gauza ta erakusgarriak dauzka. Ta gela berean, egundoko liburutegia du *Launet* jaunak.

Ba-dakizu —dio nere adizkideak berritxu—, Aita Lhande ta Lacordaire bakarrik txalotuak izan ziran Paris'ko Notre Dame'ko eliz-itzaldietan.

1927'garren urtean, Aita Lhande, bere eleberri *Mirentchu* argitaltzekotan zebillen. Liburu orri argigarriak jartzeko, Jaizkibel'era etorri zan Prantzitik *Raul Serres*, irarle (grabadore) oso yayoa. *Launet* jaunak oso arro erakusten du Aita Lhande'k atera zuan eleberri orren ale bat. An irakur diteke bere lumaz Aita Lhande'k egiten dion eskeintza, onela:

«A mon cher ami de toujours Charles de Launet, cette douce Mirentchu associée au souvenir de notre regretté ami Juan de Esnaola, qui en decouvrit à Raul Serres, le modèle, sur la montagne du Jaizkibel en la memorable journée du mois de Mai 1927». Ta azpian Pierre Lhande'ren izenpea dator.

Beraz Launet izan zan (1927-Orrillean) Juan Esnaola, Pierre Lhande'ri aurkeztu ziona.

Gure Esnaola'k (3-V-1927), J. de Arlucea izen-ordez, idazlan bat agertu zuan Pierre Lhande'ri buruz.

Beste idazlan bat ere idatzi zuan (auek biak *Heraldo Alavés*'en), *En la ermita de Beolarra* izenburuz.

*Juan Esnaola*'k Aita Lhande'ri, beronek erderatuta zeukan Aita Lhande'ren *Mirentchu* erakutsi zion, eta Aita Lhande'k argitaltzeko baimena pozik eman zion. (Barka, arren, Esnaola'k etzuan gatzeleratu Mirentchu, baizik Aita Lhande'ren «Mon petit prêtre», eta au argitaltzeko baimena artu zuan bereala). Esnaola ta Launet Beauchesne argitaldari prantzitarrekin izketan jarri ziran, eta onek argitalpena ateratzeko baimena eman zion. Baiña ortarako Madril'go «Razón y Fe»ko

argitaldariarentzat 1.500 franko eskatu zizkien. Bitartean, Juan Esnaola il zan eta onen anai jesulagun Jesús'ek aurrera atera zuan liburua, 1930'garren urtean. Lburu onek gazteleraz, izenburu au izan zuan: «Una ilusión y dos vidas» (Relato de una madre).

#### D. — VALENTIN FORONDA

1. FORONDA. Valentín de. Por Antonio Odriozola. Gran Enciclopedia Gallega, fascículo 206, tomo 13. Grandes páginas 221 a 224, ambas inclusive y termina en el fascículo 207, con otra cuartilla. Santiago-Gijón-Vitoria.

Añade más datos biográficos y bibliográficos que, sin duda, publicará en este mismo Boletín. Por ello no debo anticiparme a la tarea del agudo bibliógrafo alavés.

2. FORONDA. González de Echavarri, Valentín Tadeo de (Mr. de Fer). Por Jon Bilbao. Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco. Edit. Auñamendi. San Sebastián, volumen III. Año 1973. Encuentra dos traducciones al italiano de 1789 y 1791, editadas en Florencia, que yo no conocía.

Además «Ligeras observaciones sobre el Proyecto de la Nueva Constitución». Coruña, Rodríguez 1811, XI páginas.

3. FORONDA Lingüista. Por Carmen Olivares. Boletín Sancho el Sabio, 1978, págs. 63. Vitoria.

4. FORONDA. Voy a agregar para la mejor comprensión de sus obras, cuatro noticias.

*Bielfeld*. Sus ideas fueron recogidas (junto a los de Montesquieu y Beccaria) por Catalina II para su ukas de 1764 «Instrucción para formar un Código Legislativo», Palacio Atard, 637. De Adam Smith «La riqueza de las Naciones». Salió en 1776.

*Mercier de la Rivière*: «El orden natural y esencial de las sociedades», 1767, obra cumbre de los fisiócratas. Palacio Atard, 629.

Beneficencia, palabra inventada por l'abbé Saint Pierre en 1725. Palacio Atard, T. III, pág. 620.

El derecho a la *seguridad* quedó definido y consagrado en la Declaración del estado de Virginia en 1776. Palacio Atard, T. III, pág. 622.

## E. — VIDA DE SANTIAGO GONZALEZ MATEO

La publicó GALO SANCHEZ

Copiado en la Bibliothèque Royale de Bruselas en 1937. *Revue Hispanique*, París, tomo 40.

Nació González Mateo en la Puebla de Labarca (Alava) el 9 de abril de 1765. Su madre era Josefa Salazar y dice que su padre era el fraile Fredejón y no el esposo de su madre.

Asiste en Bilbao (pág. 355) de casa de don Simón Goicochea, padre de un condiscípulo suyo, a las fiestas de la Coronación de Carlos IV

Va en chalupa (pág. 356) a Portugalete, conducido por dos mujeres.

Llevan de la Rioja *los quebrados* (herniados) a la ciudad de Vitoria y los ofrecen a San Juan del Ramo, untándoles los testículos con aceite de la lámpara del santo. (Página 312 del T. 40, de la *Revue Hispanique*).

«Por este tiempo se me atravesó una espina en el esófago y ofrecido a San Blas que se celebra en el lugar de Párganos, fuí a rendirle las debidas gracias. (Idem, pág. 314)».

Habla de la Rioja alavesa, Treviño y de las fiestas de Vitoria, cuando pasó el conde de Artois.

En Santurdejo (pág. 335), siete vizcaínos le aporrearon con garrotes tras un juego llamado de la *calva*. Cita a un médico de Nájera apellidado Chinchetro (332) y a un cirujano llamado Olozaga, que le ve por una terciana.

Era beneficiado de Laguardia y dice que don Félix Samaniego era enemigo suyo (pág. 364). Pero en la pág. 368 dice que fue a San Sebastián con una recomendación de don Félix Samaniego: estuvo en Donostia un mes hasta que don Félix le avisó que ya no tuviera miedo en Laguardia, pues podía volver.

Fue examinado por un tal Ibarra, probablemente en Calahorra, de su manera de dar la misa.

Fue castigado por la Inquisición a Olite y Pamplona: luego pasó a San Sebastián y Bilbao, donde sólo estuvo tres días por valer caros los alimentos y no poder decir misa. En Santander le regaló una hermana de Ansotegui, inquisidor en Logroño. Merced a ella, pudo hablar

en Zalla con el obispo de Santander. Vuelve a Bilbao y pasa a vivir a Orduña hasta los 40 años, pues estuvo allá doce años.

Llevó de Orduña un ama a Laguardia.

En Lérida dice que es vizcaíno al fiscal del obispo, que realmente lo era y estaba cortejando a una moza en un portal.

Tenía 43 años en 1808. Era bonapartista. Se escapó por eso a Vitoria y en el lugar de Lagrán (Lagnan dice el impreso) fue amenazado por un caballero insurgente a quien llamaban *el defensor de la fe*.

Habló con Napoleón y José en Vitoria el 6 de noviembre de 1808.

Me parece que reunía todas las características de un «loco lindo», como dicen en la Argentina.

El muy erudito profesor de Literatura castellana don Pedro Henríquez Ureña, con cuya amistad me honré en Buenos Aires, apuntó que González Mateo era *dominicano* como él, o sea nacido en la isla Hispaniola o Quisqueya, pero no pasó de ser *dominico alavés*.

Lo hizo en la *Revue Hispanique* que leí en 1937 en Bruselas y completé en Buenos Aires.

## F. — EL MAESTRO GURIDI

### OBRA Y FIGURA DE UN GRAN MUSICO CONTEMPORANEO

GERARDO DIEGO

(Para *La Nación*) — Madrid, junio de 1946

No sé si habrá algún lector que lo ignore. Creo que no. Pero, en todo caso, sabe a qué atenerse con sólo el título. El título le dice que Guridí es un «maestro» de un magisterio inconfundible (cuando se le anuncia, así, sin más) del magisterio de la música. En rigor, en la expresión española que supongo nos vino de Italia, lo que se quiere decir, no es que «maestro» ejerza la enseñanza, sino la autoridad o una mezcla de ambas cosas. Influencia espiritual y técnica sobre el discipulado presente o indirecto. Y mandato inmediato y sin apelación sobre las huestes de voces o instrumentos a sus órdenes, para la interpretación. En un sentido y en otro, el maestro Guridí es un auténtico maestro. No será necesario presentarlo a aquellos bonaerenses que recuerdan las jornadas triunfales de 1930, cuando el estreno de «Amaya». Pero puede haber otros más jóvenes que desconozcan la traza física del autor de «La Meiga», que no tengan del hombre y del ar-

tista sino alguna borrosa referencia incompleta e indirecta, atrasada ya hoy por imperativo de las circunstancias. Y, además, estas hojas impresas vuelan sobre leguas y leguas de naciones de habla española y yo quisiera que la buena nueva que en ellas deposito hoy, llegase a todas las cumbres y costas americanas, porque en todas ellas trabaja y sueña con el rincón nativo de su Pirineo un vasco o un navarro que se apellida Echábarri o Arisqueta o Astrain o, por ventura, como el que esto escribe, Cendoya<sup>1</sup>. Para todos esos admirables vascongados, sal y estímulo de las nobles tierras que a un lado y otro de los Andes se extienden sumisas a su voluntad de trabajo, escribo hoy esta correspondencia que interesará igualmente a cuantos se apasionan por la música y por las grandes causas del espíritu.

Jesús Guridi nació en Vitoria en 1886, víspera de San Miguel. De casta le venía al fino galgo alavés la aptitud musical. Era bisnieto de Nicolás Ledesma, maestro que dejó un nombre intachable en plena época decadente. Más próximos en el tiempo, organistas y compositores le transmiten la voluntad creadora. Y ya no nos extrañamos de que el niño Guridi improvise sus infantiles composiciones y aprenda pronto a transcribir sobre la pauta, sus sueños sonoros. No hemos de seguir paso a paso la carrera artística de Guridi. Tenemos prisa por llegar a nuestros días. Pero sería injusto omitir el período definitivo de su educación en Bilbao donde encuentra, no sólo un ambiente cultísimo y muy al día en materia de música de cámara y religiosa, sino también la protección de quienes saben darse cuenta del porvenir del joven músico, que no ha de olvidar nunca, ya consagrado maestro, el nombre del Conde de Zubiría. Y allá va el autor futuro de «Mirentxu», frágil navecilla botada y fletada, ría abajo a los cuatro vientos del espíritu del nuevo siglo.

Porque estamos en 1904 y Jesús Guridi marcha a París y allí se inscribe en los cursos de la «Schola Cantorum», donde por aquellos años afina también sus herramientas José María Usandizaga y en seguida Joaquín Turina. Guridi se asimila pronto la seducción armónica y la exquisita factura de las mejores técnicas francesas. Piensa, y piensa bien, que hay que oírlo todo y aunque Debussy sea de la acera de enfrente, nada se pierde con escucharle con el rabillo del oído, sin dejar de presentar sus «deberes» de contrapunto y composición y sus «performances» en el piano y el órgano a los profesores de la «Schola» pilotada por el severo D'Indy.

Después de París, viene la etapa belga, trabajando eficazmente

<sup>1</sup> Rubín de Cendoya fue un pseudónimo de don José Ortega y Gasset a cuyo partido pertenecí. J. G.

con Jongen. Ya es Guridi el autor de un «Paysage», letra francesa, para canto y piano. Y pronto será el afortunado compositor de «La Saison de Semailles» en que se atreve con Víctor Hugo y emula a los mejores músicos franceses en las inflexiones de una melodía de fonética raíz y en la coloreada repartición de la orquesta. Su educación se completa con la necesaria visión germánica, obtenida en una síntesis de Colonia y Munich entre Otto Neitzel y buenas dosis de Tetrología.

Y a sus 22 años, vuelve Jesús Guridi a Bilbao donde va a residir todo el resto de su juventud y parte de su edad madura. Guridi ejerce las más variadas funciones del oficio musical. Es organista, profesor de órgano, director de la Sociedad Coral que realiza con sus ensayos y conciertos de música sagrada, profana y folklórica, la más fecunda obra de educación sobre un subsuelo tan magnífico como el que dan la raza y la tradición cultural de la villa. Son éstos también los años de su impaciente actividad de nuevo compositor religioso, de cámara, orquestal y escénico. Los años de «Mirentxu», la zarzuela vasca, que obtiene un triunfo memorable y se edita con una portada de Arteta. Es el momento de entusiasmo afirmador del arte vasco, del sueño de la literatura, de la ópera euskérica, de la realidad de una gran pintura, de una poderosa literatura —novela, ensayo— de escritores vascogados en castellano. Andando el tiempo, Guridi que conserva, y con razón, gran cariño a su obra juvenil, tan dulce, tan jugosa, de tan clara inspiración vocal, refunde o, por mejor decir, rehace y aumenta la partitura de «Mirentxu» dejando la menor cantidad posible de texto sin música. La experiencia continua de Guridi al frente de sus coros, le sirve a maravilla para su labor de compositor coral. Es ésta una de las facetas más personales y magistrales del arte de Guridi, tanto en el dominio de la música religiosa —sus Misas, Salve, Rosario, Motetes, etc.—, como en el de la profana, especialmente la basada en el rico material de la tradición del País. Citaré tan sólo sus coros infantiles «Así cantan los chicos», que son popularísimos por la delicada gracia con que los temas de corro y juegos están tratados y por la sutil e inocente ciencia con que esos purísimos tesoros de emoción se contraponen y superponen. Notable es también otro primor cotidiano de la vida musical de Guridi que es, quizá, la causa principal de su ejemplar destreza y del encanto y espiritualidad que de cualquiera de sus páginas escritas se desprende. Me refiero a su ejercicio de improvisación en el órgano. Guridi, como su «abuelo» César Franck, es un gran organista. Y el órgano sella a cuantos lo profesan con rasgos inconfundibles de familia. La flexibilidad de Guridi, su prontitud, riqueza de desarrollo y abundancia de ideas, la claridad y dulzura de sus modulaciones, el color delicado de su armonía, la transpa-

rencia de su entramado polifónico y su sentido idílico del color instrumental son otras tantas cualidades de su estilo vital y creador que se justifican casi sin más que recordar las innumerables entradas, ofertorios, intermedios, elevaciones, finales, que en elástica medida de tiempo, variedad de luces y colores de vidriera, éxtasis y servicios de horas canónicas, ha ido desatando, quemando como granos innumerables de incienso en columnas y nubes sonoras que de los tubos del órgano se derramaban a todos los ámbitos de las basílicas, góticas y barrocas parroquias para mayor gloria de Dios y humildad de su creatura el organista que así deja fluir el chorro perdido de su devota improvisación. Apenas pueden dar idea de la riqueza y de la verdadera inspiración variable en alturas de nivel, pero siempre honrada, del organista y sus «impromptus», las pocas reliquias que un esfuerzo de memoria logra salvar para la transcripción manuscrita o impresa. Siempre lo mejor se quedó allí, perdido para siempre, guarecido como un nido cálido y recóndito en cualquier altísimo repliegue de nervadura de bóveda o voluta de retablo.

Tampoco voy a ocuparme ahora de sus obras para orquesta. Por ejemplo, de aquel poema sinfónico escrito para un concurso cervantino, y en el que Guridi, el músico vasco, encuentra el tema quijotesco de la batalla entre manchego y el vizcaíno y con él la solución de un problema de fidelidad a la tierra natal. Esa ejemplar fidelidad va a encontrar su ocasión máxima con el estreno de «Amaya», en 1920. «Amaya» es el esfuerzo más ambicioso y más próximo al logro de cuantos se han intentado en la ópera o drama lírico español. No es necesario ni cabría tampoco en los límites de este artículo un análisis y una valoración de lo que «Amaya» encierra en sus páginas, tan nobles, tan realmente magistrales. Pero sí hay que lamentar que una obra tan considerable e inspirada permanezca, por la acumulación de dificultades y agravamiento de circunstancias adversas, sin asomarse a los teatros durante tantos años. Como recordaréis, si la oísteis, es un drama lírico, según la técnica del «Leit-motif» wagneriano, técnica ya un tanto atrasada, si se quiere, en los años de la primera guerra europea en los que «Amaya» se iba componiendo, pero todavía eficaz y poco menos que inevitable en un país como el nuestro que carecía de una inmediata tradición en la que fundarse, tradición viva, operante, quiero decir, porque no olvidó los intentos generosos, pero fracasados desde, el punto de vista espectacular, popular, desde Pedrell hasta Chapí o Manrique de Lara. «Amaya», más moderada de desarrollos y proporciones que las obras del coloso de Bayreuth y, claro está, menos vigorosa y genialmente dramática, aunque también lo sea y mucho, es una obra de rica vena melódica original que se apropia el

espíritu de la música vasca, sin que acuda al documento auténtico más que rara vez. Aun despojada de todo lo que tiene de artificiosa en su empleo sistemático del motivo de carácter y de sus inflexiones, metamorfosis y contubernios, «Amaya» se salvará siempre por su belleza ingenua en lo idílico y su sombrío dramatismo en la evocación de la lucha del principio pagano con la luz cristiana, tratada con ambiciosa grandeza y sentido primario del color. La «Ezpatza dantza», tan rica en ritmo y carácter, y el soberbio epílogo, bastarían para acreditar a un músico dramático.

La enorme dificultad del gran drama lírico para imponerse a empresas y públicos, termina por desalentar a los más entusiastas. Y nada tiene de extraño que Guridi rectifique su camino y, moderando su vuelo, aspire al logro de la inmediata popularidad y calor de la asistencia pública, intentando la dignificación de la zarzuela española, en franca decadencia. El éxito obtenido con «El Caserío», con «La Meiga» o con la reciente «Peña Mariana» es lisonjero y eficaz por lo que se refiere a la educación de los públicos. Pero al creador en su más íntimo fuero, una popularidad más plebeya no le compensa, de las concesiones a la comprensión de artistas intérpretes de media cultura, orquestas aproximadas y colores teatrales escenográficos de recio brochazo. El compromiso entre el gran arte y el clamoreo mayoritario es delicado e inestable y unas veces la calidad peligra y otras la aquiescencia del patio se enfría, porque el manjar que se le sirve es demasiado fino para su paladar estragado, pese a la prudente dosificación del cocinero. Durante unos años, demasiados para los que más de verdad quieren y admiran al Guridi, el maestro de «Amaya» recorta sus alas nacidas para los grandes vuelos y planea sin querer rebasar un plafón de complacencias. Aparentemente, Guridi abandona la gran música. Pero no es posible. Por debajo, sigue latiendo la ambición y la vocación inacallable continúa dictando confidencias que el papel pausado avaricia y atesora en horas robadas al descanso. Así se va formando un nuevo repertorio que sólo esperará ocasión propicia para aflorar a la superficie del concierto y propagarse en la callada multiplicidad de la edición impresa. Guridi viene a Madrid y, sobre todo, tras de la guerra española, el organista, el profesor del conservatorio, el nuevo académico, el gran compositor, el ya definitivo y maduro maestro se impone en todos los frentes de la vida musical española. Es de este último Guridi, que aun no ha tenido tiempo de ser conocido fuera de España de quien hoy quería hablar, aunque sea abreviadamente.

De las obras dadas a conocer por Jesús Guridi desde 1939 acá, voy a elegir las cuatro que me parecen más importantes. Hay otras

y a ellas quizá me refiera al paso, pero estimo que las más significativas son su «Cuarteto de cuerda» sus «Seis canciones castellanas», para canto y piano; sus «Diez melodías vascas» para orquesta, y su «Sinfonía pirenaica» estrenada por la Orquesta Municipal el 6 de febrero del presente año y después presentada al público madrileño el 22 de este mismo mes por nuestra Orquesta Nacional, una y otra dirigidas por Jesús Arambarri, con apasionada y honda comprensión y maestría. Diremos hoy unas palabras sobre las obras de cámara y dejaremos para un próximo capítulo aparte el comentario a las obras orquestales. El «Cuarteto» para arco está dedicado al ya desaparecido y siempre recordado con gratitud y admiración, cuarteto belga «Pro arte». Por especial deferencia del compositor he podido gozar su partitura autógrafa y desmontarla para mi uso y goce particular, después de haberla escuchado cabalmente interpretada a nuestra Agrupación Nacional de Música de Cámara. No voy a incurrir en la pedantería de presentar un análisis, como si estas columnas, tan hospitalarias para mis prosas como para mis versos, fuesen las de una revista técnica. Pero creo que algo se puede decir, sin pecar de impertinente y renunciar a ser leído por los profanos en la técnica del oficio, técnica en la que, por cierto, nunca me consideré competente, sino aficionado desde fuera, simple espectador.

El «Cuarteto» está en la tonalidad de *sol menor* y consta de los cuatro tiempos clásicos. En seguida, lo mismo el lector de la partitura que el oyente del concierto sabe a qué atenerse en cuanto a la solera del cuarteto. Nos hallamos ante una obra de la mejor tradición, de la más noble escuela eterna de la música de cámara. Construcción impecable, claridad, independencia y equilibrio arquitectónico de las cuatro voces instrumentales, rigor dialéctico, flexibilidad moduladora. Y por encima de todo, fertilidad y riqueza de carácter diverso y concentrado en el elenco de los motivos de cada tiempo. Lo mismo en el «allegro» inicial, tan generoso en la melodía del tema generador, digno de un Borodin nacido bajo los robles del País foral, tema que se trabaja en sus distintos elementos con la más exquisita ciencia, en apretada polifonía, toda ella nacida en realidad de un solo motivo; que en el «vivace» que le sigue, de corte rítmico popular, con su trío melancólico en sordina, y su inesperada conclusión evanescente; o que en los dos últimos tiempos, el «adagio» breve, intenso, largo y expresivo de melodía y rico de flexible modulación; y el «allegro» final, ligero, delicioso en su movimiento jovial, juvenil, luminoso, a lo Haydn. Pero no hay por qué acudir a nombres clásicos o nacionalistas. Guridi es Guridi y este cuarteto, una de sus obras más personales, más vascongadas también, sin que aparezca un

tema concretamente desgajado del árbol de la anónima tradición. Tan en la sangre de sus venas le canta a Guridi la voz de su raza, que no tiene más que escucharse su íntimo rumor y ponerse a cantar para que el alma de su pueblo se encarne en la música más sencilla y necesaria. Y en este caso, más rigurosa, acerada y perfecta.

Pero que Guridi no es sólo un vasco de patria chica y estrecha, aunque alta y profunda, sino un español de patria grande y ambición universal, lo demuestra la Castilla eterna y derramada de sus «Seis canciones», como la Galicia de otras obras anteriores y futuras que nos prometió y esperamos. Si la música de cámara, el cuarteto de cuerda concretamente, se ha enriquecido en España en estos últimos veinte años con inestimables aportaciones de Conrado del Campo, Ernesto Halffter, Muñoz Molleda y otros jóvenes músicos, además de la decisiva de Guridi, la canción lírica, el «Lied» para canto y piano, está llegando, después de los ejemplos insignes de Granados y sobre todo, de Falla, a una época de verdadero esplendor, jamás conocido en la música sobre palabras de nuestra lengua. Y entre las joyas más espléndidas del nuevo repertorio, podemos contar las «Canciones castellanas» de Guridi. Bastó para ello que el maestro acudiese a un poeta auténtico, lo que no siempre le había sucedido en sus ensayos anteriores, para que el milagro se realizase. Y el poeta de ahora se llama Juan Español. Poeta y músico en una pieza, pues que Guridi ha tomado esta vez letra y melodía del cancionero tradicional. No importa, porque la creación original se logra siempre gracias a la atmósfera armónica y a la estela de los comentarios pianísticos. No todas las canciones son incuestionablemente típicas de Castilla. Castilla, ya lo he dicho, es madre universal y se derrama por todas las Andalucías y las Cantabrias. Bástele al español que me lea, comprobar entre sus recuerdos la letra: «No le quiero molinero — que me da con el maquilandero —. Yo le quiero labrador, — que coja las mulas y se vaya a arar», etc. Si la otra en la Montaña esta otra; viva, por ejemplo en Granada: «¡Serenos! ¡Serenos! — En mi casa hay un hombre durmiendo — con un capotón —. En la mano llevaba un reloj — y un puñal de plata — ¡Ay sereno, que este hombre me mata», etc. Las seis canciones son deliciosas. Difícil es señalar preferencias. Pero yo me inclinaría, entre todas, por la admirable —ésta sí que es castellana vieja en su divina melodía arcaica en 7 por 8—, cuya letra empieza: «No quiero tus avellanas — tampoco tus aléflis — porque me han salido vanas — las palabras que me diste». La manera con que el piano se queda solo cantando y estelando en una prolongación de melodía sin pura, sin armonía, las notas conclusivas de la voz, es verdaderamente

divina, un prodigio de gracia, de poesía, de sencillez desnuda e inspirada. Y la armonía, rica y simple, después de escuchada parece nacida de la más íntima necesidad. Y, sin embargo, lo uno y lo otro son creación exclusiva de Guridi.

## G. — SALUSTIANO DE OLOZAGA

Por ANGEL DE VALLEJO MIRANDA

Revista **El Americano**. — Página 655. — París, 19 diciembre 1872

Don Salustiano de Olózaga nació el 8 de junio de 1805 en Oyón, humilde aldea situada en los confines de la Rioja Alavesa.

Vino, pues, Olózaga al mundo en aquella época, aun difícil de juzgar definitivamente, en que los ejércitos de Napoleón I sirvieron de vehículo a las ideas emancipadoras, brotadas de la gran revolución francesa, y en que un príncipe, indigno del glorioso nombre de Borbón, hizo odiosa la autoridad real, más aún que por sus crueldades, por su doblez, su falta de dignidad y su carencia de valor cívico.

En la cuna, en el aula y en el hogar doméstico se amamantaron el corazón y la inteligencia de Olózaga con los nuevos principios liberales que, rosados por aquel entonces como la aurora, aparecían a todas las almas generosas cual la gran panacea de los males sociales que aquejan a la pobre humanidad.

De entonces data la fe constante que ha iluminado a Olózaga, durante su existencia entera, en la potencia de esa piedra filosofal que se llama libertad, y de la cual dice nuestro héroe, como Constantino del lábaro celeste, *in hoc signo vinces*.

De aquel período procede asimismo, sin duda alguna, la repugnancia y hostilidad de Olózaga hacia los Borbones, a quienes apreció. Mr. Thiers poco después en los siguientes términos: «Enciérreseles en la Constitución, tápiense las puertas, y ellos saltarán infaliblemente por las ventanas».

Dieciocho años contaba nuestro protagonista, cuando la Francia legitimista, para recompensar a España de la poderosa ayuda que a la formación de la Santa Alianza y la restauración de Luis XVIII había prestado, resolvió enviar a la Península la expedición del duque de Angulema, con el fin de restablecer el poder absoluto en toda su impureza.

Olózaga hizo entonces lo que todos los estudiantes de su época,

se alistó en las filas de la milicia ciudadana y luchó en defensa de la independencia nacional y de las libertades constitucionales.

De regreso a Madrid, en 1824, terminó sus estudios y se recibió de abogado en 1826, comenzando, desde entonces, a hacer resonar el foro español con sus acentos elocuentes.

Ni fue solo el pretorio, terreno favorable a los alardes en que el novel letrado mostró su ciencia jurídica, sino que desde allí mismo, supo Olózaga reivindicar con frases animosas y acentos penetrantes, los derechos políticos y sociales del hombre, abogando por la libertad o la vida de sus clientes, amenazadas por livianas causas, y atacando el abuso de la pena capital en 1826, ante los feroces jueces de aquel tiempo, como en 1862 volvió a hacerlo ante las Cortes.

Desde aquel punto se inició la vida pública de este hombre extraordinario, en la cual las tareas del bufete y la tribuna marcharon luengos años paralelas, haciendo simétricos laureles sobre la frente del incansable pensador, a quien una robusta complexión y el amor del estudio permitieron llevar de concierto, el peso abrumador de tan distintas faenas.

Mas no era dable en aquellos aciagos días sostener impunemente las ideas liberales, ni aún amparándolas bajo el sagrado de la toga. El *terror blanco* imperaba, y en su frenesí tornaba su sangrienta rabia contra cuantos incurrieran en la *funesta manía de pensar*.

Olózaga era acechado, y en 1831 fue por fin víctima de las iras del poder que, por primera vez, lo redujo a prisión.

Si algo hay que extrañar, es que tanto hubiese dilatado el enseñarse contra el joven liberal, y que, para proceder contra él, hubiese aguardado a que éste se hiciese realmente culpable de conspiración contra la legalidad existente, en un tiempo en que la más nimia sospecha y las meras simpatías hacia la libertad y sus partidarios, bastaban para que se llevasen familias enteras a los presidios o al cadalso.

Pero en fin, Olózaga fue preso, y después de una larga detención, fecunda en episodios, que no disonarían en el libro inmortal que vivió y escribió Silvio Pellico, logró fugarse, cruzar la España disfrazado y ganar, a bordo de un frágil esquife, las hospitalarias playas francesas, esas playas que se extienden al pie de los Pirineos —de Bayona a Biarritz<sup>1</sup>— y que tantas veces después han hollado los emigrados españoles.

<sup>1</sup> A Hendaya. J. G.

Refugiado en París bajo el nombre de Antolín Bermúdez, Olózaga no entró en esta gran capital como un desconocido.

Ya la fama de su talento y energía política habían salvado la frontera, dando que hacer a las plumas diplomáticas, y a su llegada a París, las puertas del salón del ministro Casimir Perier se abrieron de par en par para recibir al emigrado, que empezó allí a fundar sus relaciones internacionales con los grandes hombres de Estado de la época.

De París pasó Olózaga a Londres, donde la vida fue para él menos risueña, y donde un ataque, que estuvo a punto de cegar su vista, le impidió estudiar la sociedad británica por entonces, tan a fondo como habría deseado.

En 1832 se dio un decreto de amnistía, y a principios de 1833 regresó a Madrid rodeado de esa aureola de popularidad que da el ostracismo cuando lo realza el talento.

Al año siguiente, proclamada la Constitución y siendo el célebre Mendizábal inspirador del gabinete presidido por el ilustre conde de Toreno, fue nombrado Olózaga gobernador de Madrid, y poco después diputado, o procurador, como entonces se decía, por Logroño, distrito que, desde aquella época hasta el día, ha venido representando casi constantemente.

El período de 1835 a 1868, y principalmente el de 1836 a 1848, fue el que brindó a Olózaga más brillantes ocasiones de lucir sus dotes oratorias y esos profundos conocimientos políticos, que hacen de sus discursos otros tantos monumentos, no sólo de elocuencia parlamentaria, sino de ciencia política y de derecho social.

A Olózaga, de consuno con el austero y venerable Argüelles y con otros dos diputados, fue encomendada la redacción de la Constitución de 1837, base fundamental de la monarquía constitucional española.

Desde entonces quedó asimismo Olózaga reconocido como uno de los jefes del partido Progresista, partido entonces ilustrado y respetable, en cuyas filas figuraban los Argüelles, los Calatravas, los Mendizábal, *los Heros* y tantos otros hombres eminentes, y que, andando el tiempo, ha venido a terminar en una aglomeración de intrigantuelos de mostrador, de ambiciosos de aldea y de estadistas de café, que, encumbrados a las primeras dignidades del Estado en alas de la revolución de 1868, han dado la medida de su arrogante incapacidad y el golpe de gracia a la un día brillante agrupación política en que se habían ingerido, y a cuyo calor habían medrado.

Al frente de esta fracción riñó Olózaga ruidosas batallas, durante largos años, contra el partido moderado o conservador constitucional, que Narváez, Martínez de la Rosa y otros varones de talla, constituyeron en torno de la regencia de María Cristina, y a quien, tanto esta princesa como su augusta hija, cometieron el trascendental error de infeudar completamente la gobernación del Estado.

Esta obcecación reaccionaria y la ardiente oposición progresista, de la que Olózaga fue el intérprete elocuente e incansable, acarrió, en 1840, la renuncia de la Regencia y la expatriación de María Cristina. Nombrado Regente el general Espartero, Olózaga fue designado para la embajada de París, puesto que desde entonces ha desempeñado repetidas veces y siempre con un lustre político excepcional, debido a sus claras luces, a su tacto y al prestigio de que goza entre la diplomacia extranjera.

Cayó Espartero del poder, no sin que Olózaga contribuyese a ello con su palabra, y fue declarada mayor de edad la reina Isabel.

Uno de los primeros actos del gobierno provisional, que ejerció el mando durante el interregno que medió entre la caída de Espartero y la toma de posesión del cetro por Isabel II, fue nombrar a Olózaga, *ayo* de la joven reina.

No quisiéramos nosotros que este cargo hubiese sido ejercido, ni aun pasageramente y a regañadientes, como lo fue, por el Sr. Olózaga, pues así y todo le imponía deberes que las exigencias de la política —de quien bien se dice «no tiene entrañas»— le han hecho desconocer más tarde, y han empañado su consideración a los ojos de aquellos espíritus severos e imparciales para los que no hay dos morales, una pública y otra privada.

El cargo de *ayo* es un cargo íntimo, familiar, que identifica al que lo ejerce con los más allegados parientes del educando, como que le eleva, respecto a éste, a la categoría de padre espiritual, y cuadra mal en quien lo ejerce, ser un día el autor de la ruina de su ahijada moral.

Este es el caso de Olózaga, respecto a la reina Isabel, y si bien los acontecimientos políticos y el desvío que mostró la Corona en lo sucesivo, a él y a su partido, excusan a los ojos de los apasionados la conducta de Olózaga —reivindicando y mereciendo el dictado de *primer antidinástico*— no por eso se impedirá que la historia señale como un lunar sobre la gran figura de Olózaga, su encono contra una princesa de quien fue preceptor y consejero, y a quien mereció, entre otras

muestras de aprecio, la más aristocrática distinción que existe en España: el collar del Toisón de Oro.

Sobre este collar se contaron en un tiempo mil absurdas anécdotas, de las que Olózaga hizo pronta y cumplida justicia en una sesión de Cortes memorable. Hay también que decir que Olózaga es digno de tal distinción, como de cuantas existen en su patria, en grado muy superior a tantos otros, como antes y después las obtuvieron, y conviene también añadir, que tratándose de hombre de tal valía, no son las condecoraciones las que honran, sino las honradas al ostentarse sobre el pecho de tan preclaros varones; pero esto no impide que, aceptadas, impongan obligaciones de leal afecto y fidelidad, que, aun siendo opuestas a las exigencias políticas, no deben dejar de hablar muy alto en todas épocas y en todas circunstancias, en los corazones hidalgos.

Pero cerremos esta digresión y volvamos a la vida de Olózaga, que, pocos meses después de ser nombrado *ayo* de Isabel, fue elegido por esta princesa su presidente del Consejo de ministros<sup>1</sup>.

Olózaga mostró entonces su consecuencia política. Lejos de renegar, al verse encumbrado del partido popular que le había elevado, gobernó para el pueblo y por el pueblo, y declaró guerra sin cuartel—quizás fue en ello poco diplomático— al bando moderado.

Incurriendo en un error, común entonces a todos los liberales doctrinarios, armó la milicia nacional, que en los pueblos latinos no ha sido, ni puede ser mientras se rija civilmente, sino elemento de perpetuo desorden, y dictó otras medidas, encaminadas a democratizar la situación.

No duró largo tiempo Olózaga en el poder. A los nueve días le precipitó de él estrepitosamente una intriga palaciega, indigna de un país regido por leyes constitucionales y que habría parecido violenta e indecorosa, aun en el serrallo de Constantinopla.

A esta intriga, que, desprestigiando la aurora del reinado de Isabel II, ejerció tan funesta influencia sobre el porvenir de la dinastía borbónica constitucional, siguió una acusación parlamentaria contra Olózaga, en la cual el buen derecho de éste, su pujante talento oratorio, que jamás brilló a mayor altura, y el peso de la opinión pública, hicieron pasar a los acusadores de la barra del Parlamento al banquillo de los acusados, y rodearon la frente del perseguido de una aureola

<sup>1</sup> En 1844. J. G.

prestigiosa, cuyo resplandor se reflejó en las columnas de la prensa universal, y dio carta de notoriedad a Olózaga en el mundo entero.

No obstante, a los doce días de debates triunfantes, que consumió una insensata acusación —fundada en violencias que se pretendía haber ejercido Olózaga sobre la reina para hacerla firmar el decreto de disolución de las Cortes— siguió la fuga del acusado, que debió sustraerse con ella a las acechanzas de sus mal avisados enemigos.

Esta vez Olózaga emigró a Portugal, de donde en breve lo expulsó Costa-Cabral por influencias cortesanas.

De Portugal se trasladó Olózaga a Inglaterra, bajo la protección especialmente honorífica del ministro de Inglaterra en Lisboa, Sir Hamilton Seymour que le escoltó hasta el buque de la marina británica, surta en aquel puerto.

Esto pasaba en 1844, y a fines del mismo, después de haber estudiado los hombres y las cosas de la Gran Bretaña, volvió Olózaga a París, donde fijó su residencia de proscripto, dándose el trato que conviene a los que están en semejante situación y que doctamente calificaba en una carta de aquella fecha, diciendo de él: *qualis decet exules esse*.

En 1846 fue electo Olózaga diputado por Arnedo, teatro de sus primeros tiempos escolares, y por Albacete. Bajo la garantía de este doble carácter parlamentario, regresó a España, donde el gobierno, despreciando la representación de que estaba revestido, y resucitando la estúpida acusación de desacato a la reina, le prendió y expulsó de nuevo del territorio patrio.

En 1848 obtuvo por fin Olózaga permiso para volver a España, y se trasladó a Madrid. No disfrutó largo reposo ni duradera libertad. Narváez, que veía en él un agitador peligrosísimo, por cuanto su poderosa palabra daba autoridad al clamor revolucionario, usó de sus procedimientos sumarios, y lo hizo prender y encaminar a las islas Marianas.

Evadióse Olózaga en el camino, con peripecias romancescas y siguiendo el itinerario que Cervantes trazó al ingenioso hidalgo de la Mancha, y que lord Claredon comentó en un libro dedicado a nuestro héroe, ganó la Inglaterra por tercera vez, donde, entre otras amistades principales, fomentó la del emperador Napoleón III, entonces príncipe Luis Napoleón, a la cual ha sabido ser fiel en los días de desgracia.

Nuevamente tornó a su patria Olózaga, en 1849, aprovechando la amnistía y como diputado por Zaragoza.

Desde entonces, hasta 1854, figuró en las filas de la oposición contra los gobernantes moderados, y en esta última fecha, habiendo triunfado la coalición progresista-conservadora, merced a una insurrección capitaneada por O'Donnell, fue nuevamente enviado Olózaga de embajador a París.

De allí regresó para cooperar a la confección del nuevo pacto fundamental, redactado por las Cortes Constituyentes.

Volvió la reacción a levantar la cabeza, y volvió Olózaga a retirarse de la esfera oficial, figurando únicamente en las filas de la oposición parlamentaria; pero sin tener más que voz consultiva en los consejos del partido progresista, que venerándole siempre, le hallaba —y esto redundaba en elogio suyo— menos hombre de acción que en otros tiempos y sobre todo menos amigo de aventuras que los impacientes y los ambiciosos que ya disponían de sus destinos.

Decretó este partido, a impulsos de sus corifeos, el retraimiento de las urnas, y Olózaga se retrajo.

Hizo su primera tentativa de levantamiento militar el bizarro y malogrado general Prim, y abortada ésta, todos sus correligionarios sufrieron persecuciones que le obligaron a emigrar.

Olózaga emigró con ellos, y objeto de deferencia especial para Prim (que sabía juzgar a los hombres y que, sin dejar de hallar singularidades en el carácter de su ilustre decano, sabía cuánto valía), fue el *alma-mater*, la idea de la revolución de 1868, en cuanto se relacionó con sus miras generales.

No es de este lugar, o mejor dicho, no disponemos de espacio para decir aquí lo que sabemos y muchos ignoran sobre la influencia de Olózaga en aquellos momentos, influencia empleada no para despojar del trono a los Borbones, sino para alejar de él al *duque de Montpensier*, cuyas indecisiones fueron, empero, el más mortal enemigo de sus regias aspiraciones.

Tampoco nos es lícito, por las propias razones, hacer la verídica historia, que haremos algún día y con copia de datos inéditos, del brillante papel que representó Olózaga cuando, ya embajador en París del nuevo orden de cosas creado por la revolución, intervino tan magistral y oportunamente *bajo su propia responsabilidad e iniciativa* en el deplorable incidente de la candidatura *Hohenzollern*, que encendió la más lastimosa guerra que nuestro siglo a presenciado.

Diremos tan solo que entonces se mostró Olózaga diplomático consumado, hombre de Estado previsor y de singular lucidez, negociador prudente y consejero sano, no sólo de su gobierno, sino del francés.

Pocos testigos de tan singular excepción como el que traza estas líneas hay de aquel período, aún no asaz puesto en relieve, de la vida de este hombre público, que jamás, en nuestro concepto, obró con más tino y elevación.

Pero hay que dar punto a esta reseña, y apenas si nos resta lugar, aún abusando como lo venimos haciendo de la benévola hospitalidad de EL AMERICANO, para emitir un brevísimo juicio crítico del personaje que nos ocupa.

Conste, no obstante, para terminar la noticia biográfica, que don Salustiano Olózaga, gran cruz de casi todas las órdenes conocidas de Europa, Académico de la Lengua y de la Historia, sigue siendo, a la hora en que escribimos, embajador en París de Amadeo I de Saboya, rey nominal de España, bajo el gabinete radical del Sr. Ruiz Zorrilla.

De los errores políticos que haya podido cometer el señor Olózaga, es suficiente expiación, en nuestro entender, el que su gran personalidad sirva de égida a tan ruín reinado y a tan impotente gobierno.

## V

Tal es, trazado a grandes rasgos, el esqueleto de la vida política de Olózaga.

Mas quien desee conocer a fondo esta figura interesante de la España contemporánea, tiene que leer la historia del último medio siglo, el más accidentado que la Península Ibérica cuenta en sus anales, pues la personalidad en cuestión ha sido una de las que descuellan en este largo período.

Grata tarea para los aficionados al estudio de la humanidad y no enojosa para los afectos a dramáticas peripecias y aventuras singulares, pues la vida de Olózaga está preñada, sobre todo en sus mocedades, de episodios capaces de causar el gracejo de un Alejandro Dumas o de un Fernández y González.

Gran filón ha de ser esta existencia, tan accidentada en la forma, tan uniforme y grave en el fondo, para los que cultiven la novela histórica en el porvenir, y no poco deploramos nosotros no nos sea

dable el insertar aquí algunas de las muchas sabrosas anécdotas en que Olózaga representó papeles de protagonista.

Pero ha llegado el momento de formular nuestro juicio sobre el hombre público, y apenas si nos pertenecen las líneas indispensables para emitir una concisa apreciación.

Como jurisconsulto, nos limitaremos a evocar dos recuerdos para caracterizar el mérito de Olózaga.

Al hacer sus primeras armas en el foro, luchó con un valor cívico que requiere, para ser apreciado, conciencia de la ominosa época en que se mostró, contra la crueldad consuetudinaria de los tribunales de aquel tiempo.

Al defender a sus clientes de entonces, escogidos casi todos entre las clases menesterosas, Olózaga, elevándose sobre el caso sometido a los jueces, reivindicó los derechos generales del hombre, abogó por los fueros eternos de la libertad humana, y pasando de defensor a fiscal, hizo el proceso de los procedimientos y de la legislación despótica de aquella época, enarbolando animoso la bandera del progreso social y de las garantías constitucionales, contra aquellos togados a quienes la presión dictatorial del gobierno y la pasión política convertían, con vergonzosa frecuencia, de jueces en verdugos.

Al cerrar definitivamente su bufete, la juventud estudiosa, que suele ser infalible en sus juicios, porque su cabeza y su corazón no están aun turbados por mezquinos intereses, eligió por unanimidad, presidente de la Academia de Jurisprudencia matritense, al señor Olózaga.

Desde el sillón presidencial, Olózaga hizo gala de su ciencia jurídica, y de su admirable facultad para resumir los debates y hacer brotar de ellos la luz, a veces empañada por la polvareda de la controversia.

Como orador parlamentario, Olózaga es, y será perpetuamente, no sólo una de las más inmarcesibles glorias de la tribuna española, sino uno de los hombres que poseen más perfectamente la verdadera elocuencia política.

No es su palabra, cual la de otras lumbreras de los Parlamentos contemporáneos, una divagación poética por los senderos de la historia, tan propicios para extraviar en ellos o oyentes inexpertos, ni es tampoco una evocación grandilocuente a las pasiones o al sentimentalismo de las masas; es lo que debe ser la voz del diputado, cuando

se dirige a los legisladores en el templo de las leyes, práctica, lógica, razonadora, positiva y saturada de realismo y profundo conocimiento del asunto en litigio.

Es la palabra convincente de Thiers, multiplicada por la frase arrebatadora de Mirabeau, y, bajo este concepto, siempre ha sido estimada por propios y extraños.

No data de hoy, por cierto, la fama de sus peregrinas cualidades; *ya hace muchos años* que un estimable escritor americano, naturalizado en España, y no correligionario ni sistemático admirador de Olózaga, el Sr. Baralt, juzgaba como sigue al orador:

«Es el Sr. Olózaga, orador eminentemente político, razonador vigoroso, apasionado cuando le conviene, sin el defecto de la vana declamación; irónico unas veces, patético otras, espontáneo y grandilocuo siempre, voz poderosa, ademán altivo, expresión insinuante, figura tribunicia: estos son sus accidentes; frase original, suya propia, improvisada sin dificultad; claridad sin desnudez; sencillez sin desaliño; imágenes sin afectación: este es su estilo».

Si tal era entonces, después fue su palabra modelo de medida, recopilación viva de experiencia política y de buenas tradiciones parlamentarias, sóbria, autorizada y persuasiva y a estas insignes dotes debieron los últimas Cortes Constituyentes y las que después les siguieron, buen orden y elevación en sus discusiones, y la resolución decorosa de conflictos graves en momentos difíciles que sólo habría podido dominar un presidente tan hábil y caracterizado como el respetable veterano del Parlamento español Sr. Olózaga.

Al hombre político no hay aquí por qué juzgarle circunstanciadamente.

Baste decir en su elogio que, en cincuenta años de vida pública, no ha variado de principios para probar que posee una de las cualidades que más honran a los repúblicos y que más raras veces son entre los hombres del día: la consecuencia.

Sus ideas, avanzadas cuando empezó su carrera, parecerán hoy a los exaltados de la nueva generación un tanto rezagadas —son empero las de los progresistas europeos de 1830, apasionados de la teoría del *juste milieu*— pero no es aquí del caso discutir las, ni, de hacerlo, quizás no fuera dable estar en comunidad de opinión con la generalidad de los lectores.

Como diplomático y hombre de Estado, Olózaga tiene su puesto

marcado entre los más reputados estadistas que han dirigido y dirigen, de veinte años a esta parte, los destinos de nuestro viejo continente y, si en lugar de haber nacido en un período en que la España, trabajada por luchas intestinas y por una transformación social laboriosa, está agitada y decadente, hubiese visto la luz el negociador de la renuncia de *Hobenzollern*, en los tiempos que fueron (y espero renacerán) de nuestra grandeza, o si nacido fuese en diversa patria, su nombre, ya muy respetado por las Cancillerías extranjeras, habría quedado asido, sin duda alguna, a grandes hechos, tales como los que hicieron inmortales a Cavour y a Talleyrand.

De algún tiempo a esta parte, Olózaga aparece, a los ojos de muchos, un tanto personal, escéptico, y, perdónesenos la expresión, *egoísta*; pero las circunstancias, sus compromisos políticos, y las decepciones, explican esta actitud, pasajera quizás, de que le acusan sus adversarios.

En suma, Olózaga es una de las glorias más eminentes de la España de nuestros días y una de sus más insignes figuras políticas.

Hombre al fin, acaso no haya llegado a la absoluta perfección, pero de él puede decirse en este caso, que sus vicios —de vicios políticos hablamos— son los vicios de su época, mientras que sus preclaras virtudes pertenecían exclusivamente a su brillante personalidad.

## H. — EL FABULISTA DE NUESTRA LENGUA

Por ROBERTO F. GIUSTI

Especial para «La Prensa»

¿Por qué no ha de cumplir la crítica obras de piedad? Lo es exhumar a un escritor olvidado; lo es agradecer al talento que no luce y deslumbra, sus servicios honrados y humildes. Si solamente hubiéramos de celebrar a los genios creadores o a los espíritus excepcionalmente refinados, habría que desestimar la mayor parte de la contribución de la inteligencia, en virtud de la expresión artística, a ilustrar al hombre, a fortalecerlo, elevarlo o simplemente entretenerlo.

Pensaba en esto al recordar que hace *doscientos años*, un 12 de octubre, nació un escritor que con ser popularísimo en los países de habla castellana, quizás no inspire en su segundo centenario muchas pródigas loas ni sea juzgado digno de revaloraciones críticas. Este fue Félix María de Samaniego, el riojano discreto y ocurrente, con puntas

de vasco, cuyas fábulas vienen repitiendo a lo largo de innumerables generaciones todos los escolares españoles e hispanoamericanos.

Samaniego no encontrará jamás al Taine que lo juzgue merecedor de un libro como el admirable que aquél dedicó a Lafontaine. La fábula es una enseñanza de una especie particular que muy generosamente, los retóricos elevaron a género poético cuando la vieron versificada. La ennoblece su antiguo abolengo. Una doble tradición, que se remonta a varios milenios, la oriental y la llamada esópica, entrelazadas y confundidas, están en el origen del repertorio fabulístico de todos los pueblos indoeuropeos. Max Muller estudió la migración de la fábula de *la lechera* a través de las edades y de los pueblos. Igual proceso puede seguirse tomando por objeto otras fábulas divulgadísimas. Este género no rechaza la invención (valga el solo ejemplo contemporáneo de Trilussa); sin embargo, en el pasado siempre prevaleció sobre aquélla la tradición, rasgo de rancia nobleza, pues asigna mayor importancia a los hechos de los abuelos que a las ocurrencias de los nietos. En la fábula el legado de los asuntos es tan legítimo que ya pertenece a las reglas del juego. No se apartó de éstas Lafontaine, en quien los argumentos, tomados de cualquier parte, son motivo de intencionados cuadros de costumbres, de aciertos de penetración psicológica y de finísimas descripciones de la naturaleza y de los animales. Tampoco se apartó de la tradición Samaniego, el cual tuvo por principal modelo a Lafontaine, además de Fedro y en ocasiones el *inglés Gay*.

Estaba muy lejos Samaniego de poseer las dotes poéticas del epícuero poeta francés, pues casi podríamos decir que, salvando las formas, no muestra ninguna. Empleó su vena chistosa, tan celebrada en su conversación, para zaherir a los contemporáneos, principalmente a su antes admirado amigo Iriarte, con quien rompió por resentimientos literarios. ¿Cómo recordar esas parodias opacas y sátiras desmochadas cuando ni siquiera son recordables en su siglo, con excepciones contadísimas, los poetas entonces famosos? Mayorazgo y dueño de una regular fortuna, había viajado Samaniego por Francia y allí aprendido a burlarse de muchas cosas con las cuales, en España y en sus días, no era posible jugar sin tener contratiempos con la *Inquisición*, que es lo que le ocurrió, aunque en verdad la persecución, habiéndole él hurtado al cuerpo, no le acarreó consecuencias muy molestas. Devoto de Lafontaine, compuso a su manera cuentos picarescos, compitiendo con el maestro en la licencia, e imitó sus fábulas posiblemente con igual indiferencia moral.

Tenía rarísimos antecesores en castellano. El no parece haber co-

nocido a ninguno, pues creyó ser el primero en el género. Al único genial, el Arcipreste de Hita, lo publicó Tomás Antonio Sánchez en 1790, seis años después de haber cerrado Samaniego la colección iniciada en 1781. Empezó a escribir las fábulas por consejo de un tío suyo, para los alumnos del *Real Seminario Vascongado*; el éxito logrado entre sus primeros lectores, puramente local, lo alentó a perseverar, y no carente de ingenio y amenidad, ni inhábil para versificar con soltura y viveza expresiva, fue poco a poco publicando en sucesivos libros las más famosas de la lengua castellana. Ni el riguroso y prosaico Iriarte, aunque más original y acaso tan ingenioso como él, ni, por supuesto, la legión de olvidados fabulistas que corriendo detrás de su éxito atestaron a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX los periódicos peninsulares y americanos de fábulas insulsas, ni posteriormente Hartzenbusch, Campoamor y el colombiano Rafael Pombo pueden medirse con él. Si de los últimos se recuerda una que otra fábula de concepción, ejecución e intención afortunadas, muchas son las de Samaniego que merecen distinguirse.

En un siglo que levantó el prosaísmo a categoría artística, en una sociedad apocada y sin ideales, en un género por naturaleza prosaico, no le cruzó la mente a Samaniego, burgués sensato y sin altas ambiciones literarias, la oportunidad de alzar el vuelo. El reconocía que su estilo parecería a veces «no sólo humilde, sino aún bajo», pero no aspiraba a más ni lo creía conveniente. Escribía para los niños y tenía por fin la instrucción y provecho de éstos. Alabábase, pues, de que en la claridad y sencillez del estilo, pudiera él «apostárselas a la prosa más trivial». No pedía más, así que si algo más le fue dado, no por la verdadera poesía, pero sí por su gracia natural y desembarazo de versificador, fue pura ganancia.

Sobre la moralidad de las fábulas, de las más características y antiguas, la sentencia ya ha sido dictada por jueces ilustres. Las hay inocentes o aleccionadoras, cuya moraleja puede ser recomendada a los niños, pero ¡cuántas no son sino lecciones de mezquindad, desconfianza, egoísmo, astucia, disimulo, doblez, prepotencia y cautela cobarde! O ser león o ser zorro. ¡Ay del burro paciente y castigado! Ni más ni menos que el refranero, sabiduría inicial del hombre pegado a la tierra, husmeando desconfiado cada terrón. Esto debieran considerarlo los maestros, mirando y remirando las fábulas y apólogos antes de mandarlos aprender de memoria a los niños. Cuando Lamartine, sin duda injusto y parcial con Lafontaine, cuyo alto valor poético no puede ser desconocido, acusaba con vehemencia sus fábulas de ser la filosofía dura, fría y egoísta de un anciano, y no la cariñosa, ingenua, generosa y sana de un niño, decía una verdad general aplicable a casi todos los

fabulistas antiguos y modernos. De Samaniego no cabe afirmar, como de su modelo francés, que en sus fábulas se muestre un cínico, ni siquiera un epicureo despreocupado. Una intención moral la hay en casi todas las suyas; no obstante, si bien examinadas, ellas no escapan a la rastrera y desengañada filosofía propia del género, acerca del hombre y de sus pasiones, ilusiones y flaquezas. Porque la moraleja enseña una cosa; pero la sustancia que se extrae del cuento a veces dice otra. Valga como ejemplo precisamente una fábula de su invención, muy celebrada: «El joven filósofo y sus compañeros». ¿Qué le ocurre al joven educado por el viejo filósofo, cuando sale a visitar el mundo? Le aflige que la gente coma los despojos de la muerte; le presentan una pajarito, e incitado por el olorcillo que exhala, se lo come, aunque con lástima. «La ocasión se repite — de uno en otro convite; — y de una codorniz a una becada, — llegó el joven al fin de la jornada, — olvidando sus máximas primeras, — a ser devorador como las fieras». El viejo filósofo profundo que lo había educado, extraería de esta fábula la moraleja de que los hombres no tienen remedio y todos son iguales: no hay principio que refrene los apetitos humanos. Pero Samaniego tuerce cándidamente la enseñanza en otra dirección. «De esta suerte los vicios se insinúan — crecen, se perpetúan — dentro del corazón de los humanos, — hasta ser sus señores y tiranos. — Pues ¿qué remedio?... Incautos jovencitos, — cuenta con los primeros pajaritos».

Afortunadamente, los incautos jovencitos no hilan tan delgado como los viejos filósofos profundos.